

dacta es el mismo filósofo, siempre, a pesar de su estilo desen-vuelto que tanto confunde el juicio valorador de muchos.

El libro que ahora comento tiene ese tono aparentemente superficial y desenfadado de los libros más criticados de este filósofo. Y sin embargo, yo —como creyente— creo que, leído sin prejuicios, hará pensar a los que son cristianos y viven un cristianismo que es mezcla de tradiciones alienantes y de experiencias positivas.

No queremos, por supuesto, encontrar en Russell nada religioso que sea positivo. Pero al que cree le debe bastar la lectura purificadora de sus libros para limpiar lo que debe ser limpiado en el creyente de sus costumbres externas y mentales. La confrontación serena con Russell siempre puede ser positiva, porque al que tiene fe le falta en nuestro país un ejercicio de iconoclastia para quedarse sólo con el núcleo positivo de su creencia, sin aditamentos que la empuñan o la empuñan fuertemente.

Ahora que empieza entre nosotros una nueva época de libertad ha de acostumbrarse el que cree a afrontar la nueva situación, sin afán alguno de privilegio o de resguardo por el hecho de ser creyente. Nueva situación diferente de la que padecemos en España durante la mayor parte de la historia moderna, y, desde luego, durante el período franquista. La lectura de este libro será un buen ejercicio de entrenamiento para hacer sólida la creencia, dejando además en la cuneta lo que no merece ser creído, porque sólo debe ser aceptado bastante menos de lo que hemos profesado los que tenemos fe.

La crítica que hace Russell de las iglesias y de la religión en general es dura —y a veces ciertamente superficial por su excesiva generalización—, pero, ¿no tendríamos que confesar que muchas veces resulta históricamente justa? Yo diría que en el plano metafísico —como pasa con algunos enseñanzas deformadas de Marx— sus afirmaciones religiosas son frecuentemente discutibles, pero no lo son en el plano pedagógico, psicológico y sociológico porque abundan en una llaga que los cristianos hemos querido ocultar.

Todo este aspecto contrastante con el cristianismo queda contrarrestado por el capítulo 13, que contiene un apasionante diálogo intelectual —y muy inteligente— entre un filósofo cristiano —el padre Copleston, S. J.— y este filósofo que se confiesa agnóstico desde la primera a la última línea. Durante él se puede apreciar la insistencia de Russell en las posturas propias del análisis del

lenguaje y del neopositivismo lógico, y, por otro lado, las realistas y llenas de lógica concreta del jesuita, cuya habilidad para llevar el difícil diálogo con el Premio Nobel de Filosofía asombra al lector. Yo creo que la discusión —amable, pero sincera discusión— no queda en tablas, sino que vence en ella el interlocutor de Russell en el diálogo celebrado ante los micrófonos de la BBC de Londres en 1948.

Plato fuerte, a veces exagerado o injusto contra las enseñanzas del Evangelio, pero convenientemente para superar la indignidad de muchos cristianos que creen tener la exclusiva de toda la verdad por el hecho abusivo de que nunca pudo ser confrontada en España con otros que se pudieran oponer a su pretensión, hablando claro y en plano de igualdad con el creyente. ■  
E. MIRET MAGDALENA.



## ARTE

"Tiempo de Pablos en la galería Durban", le llama Angel Rodríguez Valdés, director de allá, a esa especie de confabulación paulina que se ha metido por las puertas de la galería de la plaza de las Cortes, número 5, con la que han expuesto dos Pablos: el chileno Burchard, en exposición recientemente clausurada ya, y el español Gago, también de ese nombre. Para seguir con la idea de ese tiempo paulino, yo quiero agrupar aquí a las dos exposiciones, por riguroso orden cronológico. No añadiría más, si no fuera por una breve rectificación que creo necesario hacerle a mi amigo Carlos Areán. En la larga introducción a Pablo Gago dice que en el año 1951 fundó Manuel Fraga Iribarne las bienales hispanoamericanas... Y no. Esas bienales las fundó, sí,

en el 51, el Instituto de Cultura Hispánica y, por tanto, su director, que lo era entonces Alfredo Sánchez Bella, que por cierto, buenos ataques tuvo que soportar entonces del gorilismo carcunda del arte de la época. Si a alguien hay que implicar en ello, no es a Fraga —que tampoco habla fundado entonces Alianza Popular—, sino a Eduardo Lloset y Marañón, que parece ser fue quien dio la idea a Sánchez Bella, en conversación informal. Pero vamos, si de lo que se trata es de saber quién fundó las bienales hispanoamericanas, no, no fue Fraga, sino Sánchez Bella. Pero dejemos a la Historia y vamos a las exposiciones de "los Pablos" en la galería Durban.

## Pablo Burchard

Galería Durban.  
Madrid

Pablo Burchard es chileno. Yo lo conocí aquí en Madrid, cuando era diplomático de su país, antes de que aquél cayera en poder de las hordas de la traición. Y debo aclarar: los adjetivos referidos a Chile son exclusivamente míos. Lo digo así, por una serie de cartas anónimas que suelo recibir cuando la cólera me incita a dedicarle a los "momios" chilenos los adjetivos que les corresponden. Tras la caída de Chile en poder de las hordas, Pablo se quedó aquí, viviendo de su profesión de arquitecto —porque también lo es—, y sobre todo como pintor. Esta exposición pretende dar cuenta de esto último en los últimos tiempos.

Insisto en que Pablo Burchard es chileno. Lo es por algo más que por lo que diga su cédula de identidad; por más que por ese apellido —que debe ser alemán en su origen—, in-crustado ya en la historia intelectual de Chile, por más incluso que por su chilenuismo españolista militante... "Por sus obras lo conoceréis", y yo a sus obras me atengo. Es chileno por ese acento austral que no puede desprenderse de sus cua-

dro. Todo Chile tiene la huella del Pacífico. Yo recuerdo cuando me bauticé de ese mar en Valparaíso —en Viña del Mar— y metí mis pies en él, con zapatos y todo; pero el bautismo no era sólo del padre Pacífico sino de Chile, porque todo Chile llega con ese "agua combatiente" que dice Neruda que es una de las fuerzas que rodean a su patria... "toda rodeada de agua combatiente y nieve combatida..." Están en Burchard, como en Chile —como en Neruda—, todas las cosas elementales que constituyen la "loca geografía" —en palabras de Gabriela Mistral— del cono Sur, en su última tierra occidental... ¡Y siempre tienen que salir implicaciones geográficas cuando se habla de Chile. ¿Qué extraño maridaje habrá entre ese país y la geografía? En fin, yo le llamo chilenuismo a esa predisposición —o simple disposición— de la pintura de Burchard a reducirlo todo a su elementalidad más indómita: arenas, moluscos tirados sobre la playa, trozos de madera carcomida por el sol y el agua. Se trata, sin duda, de una ascesis de elementos figurativos —porque no se puede hablar, o yo no quiero hablar, por lo menos en su caso, de abstracción— que se corresponde perfectamente con la ascesis positiva de los elementos con que el pintor quiere contar.

## El otro Pablo, Gago

Según los papeles,  
de la galería Durban.  
Madrid

Lo recuerdo ahora, en la medida que uno no es un olvidado definitivo, parapetado detrás de su mesa del Café Gijón, donde tenía plantada su cátedra de apóstol del arte abstracto. ¡En aquellos primeros años cincuenta! Era el tiempo en que el diario "Madrid" llamaba "chiviris" a los que pintaban y pensaban como Pablo, y que don Fernando Alvarez de Sotomayor ponía una carta abierta, al doctor Vallejo Nájera, inquiriendo todo alarmado si no estarían locos los artistas actuales que exponían en la Bienal. Aquello ya pasó, con la victoria de "los chiviris" y de "los locos". Con la victoria, también de los apóstoles como Pablo Gago. He dejado de verlo muchos años, porque parece ser que anduvo pateando, con su arte a cuestas, por muchos países, México entre ellos. Pero, por lo visto, Pablo era un hombre que creía en lo que decía y mantuvo siempre su apostolado. Ahora, la batalla ya hace mucho tiempo que está ganada, y ni siquiera hace falta advertir que Pablo Gago



Pablo Burchard.